

Clasificación de las lenguas indígenas de México. Memorias del III Coloquio Internacional de Lingüística Mauricio Swadesh.

Editadas por Cristina Buenrostro, Samuel Herrera Castro, Yolanda Lastra, Juan José Rendón, Otto Schumann, Leopoldo Valiñas y María Aydeé Vargas Monroy. México, D. F.: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México e Instituto Nacional de Lenguas Indígenas, 2007. 304 págs.

Paulette Levy

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Filológicas
Seminario de Lenguas Indígenas

Con la aparición de este volumen -las memorias del coloquio Swadesh III—, la especialidad de lingüística del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM y el Instituto Nacional de Lenguas Indígenas sacan a la luz una obra plena de sentido en este momento. En ella se reflexiona y se trata de dar algunas respuestas a la pregunta de cuáles y cuántas son las lenguas indígenas que se hablan y se han hablado en nuestro país. El libro pone al día diversos aspectos de esta cuestión y da información pertinente para continuar investigándola. Responde a necesidades académicas y sociales urgentes e importantes y, en muchos respectos, se volverá una referencia obligada.

La constitución del volumen, organizada temáticamente, es la siguiente.

El volumen tiene una introducción por Yolanda Lastra (9-12), quien nos hace una reseña de la historia de los coloquios Swadesh y nos da una semblanza del investigador a quien el IIA decidió honrar, dando su nombre a estos coloquios. Termina con una coda, las reflexiones finales del que fue el relator de este congreso, el maestro Manriquef (299-304). Es un placer escuchar su voz en esta pieza porque nos recuerda, a quienes estuvimos presentes, la naturaleza de la discusión y muchos de los intercambios de ideas que desaparecen una vez que el texto oral se convierte en un escrito.

Hay dos estudios sobre lenguas específicas, que proponen ciertas líneas de investigación. Son el capítulo de Rosa María Rojas Torres, “Aproximaciones a la clasificación tipológica del zapoteco” (135-150), que ofrece una metodología

para una amplia caracterización tipológica del zapoteco, y el capítulo de Martha Muntzel, “Notas sobre morfosintaxis en tlahuica (ocuilteco)” (231-246), que es un primer intento de comparaciones a nivel morfosintáctico entre el matlatzinca y el ocuilteco.

Pero, sobre todo, el volumen está centrado en la clasificación genética de las lenguas de nuestro país. El capítulo de Lyle Campbell, “Retos en la clasificación de las lenguas indígenas de México” (13-68), es el que abre el volumen y da una visión general del estado de la cuestión. En él, Campbell señala lo que llama “la base segura actual” (13), el hecho de que en el nivel de familias, la clasificación está bastante bien establecida y no hay controversias en cuanto a comparaciones genéticas que siguen el método histórico-comparativo tradicional.

Sin embargo, no existe el mismo acuerdo en el nivel de la posibilidad de establecer relaciones distantes, cuestión que discuten tres de los artículos en relación con la hipótesis hokana. Se trata del de Stephen A. Marlett, “Las relaciones entre las lenguas hokanas en México: ¿cuál es la evidencia?” (165-192), el de Margaret Langdon, “Apuntes sobre la reconstrucción interna del chontal de la sierra” (151-164) (para mostrar la plausibilidad de que sea hokano), y el capítulo de Mauricio Mixco, “El cochimí del norte: comprobante de la clasificación cochimí-protoyumana” (193-206).

La tarea más urgente que queda por hacer en nuestro país es la de determinar la clasificación interna dentro de muchas de las familias. En este nivel, el volumen privilegia la investigación sobre familias del tronco otomangue. Tal selección es acertada puesto que se trata de algunas de las lenguas mexicanas más difíciles de trabajar, que cuentan con comunidades académicas relativamente más pequeñas que otras familias y que, por tanto, son las que requieren de mayor investigación. Tenemos la contribución de Yolanda Lastra y Leopoldo Valiñas, “Mazahua y otomí: ¿lenguas o dialectos?” (207-230), una mina de datos recopilados, recogidos de primera mano y ponderados para analizar esta cuestión.

Hay tres contribuciones sobre lenguas mixtecanas: i) La de Robert Longacre, “La lingüística histórico-comparativa de la familia mixteca” (247-252), que analiza las innovaciones al conocimiento del protomixteco desde el trabajo pionero de este autor en 1957; ii. El capítulo de Barbara Erickson de Hollenbach, “La difusión de los cambios tonales en el mixteco” (253-271), en el que la autora ejemplifica dos reconstrucciones de tonías. Por un lado, la reconstrucción de la tonía del tiempo presente a partir de la comparación de diversas variantes del

mixteco actual con un afijo perdido hoy, pero presente en la gramática de Fray Antonio de los Reyes de 1593. Por otro, la reconstrucción del movimiento de un tono alto a la sílaba de la derecha en la mixteca alta occidental. La autora aprovecha la ocasión para sugerir al lector tres temas de interés en la descripción de los cambios tonales de la familia mixteca; iii. El capítulo de Inga McKendry, “La fonología de la nasalización y palatalización en el mixteco” (271-298), en el que se documenta el desarrollo de alófonos de consonantes oclusivas en morfemas nasales —la demostración de una hipótesis anterior que proponía que el ámbito de la nasalización en protomixteco es el morfema y no la sílaba— y se muestra además que hubo consonantes palatalizadas en el protomixteco. La base de este trabajo es una lista de aproximadamente quinientas palabras recopiladas en cuarenta y dos pueblos mixtécos de Oaxaca, Guerrero y Puebla, tarea que requirió la colaboración de numerosos especialistas.

Y, por último, está la contribución de Thomas Smith-Stark, “Algunas isoglosas zapotecas” (69-134, más un apéndice con veintidós mapas), que propone una posible subagrupación de los miembros de la familia zapoteca.

Resumiendo: el volumen se centra temáticamente en tres cuestiones. Primera, una discusión general de métodos y validación de resultados de la clasificación de las lenguas, en general, y de las lenguas indígenas de México, en particular. Segunda, estudios de caso sobre la posibilidad de agrupaciones mayores —relaciones remotas—, en especial de la pertinencia de la hipótesis hokana. Y, tercero, el problema de la determinación con mayor precisión de las clasificaciones internas, de las subagrupaciones dentro de ciertas familias.

Los artículos cumplen con varias funciones generales. En primer lugar, de manera ejemplar, tratan explícitamente la bibliografía pertinente, poniéndonos al día de cuáles han sido las discusiones previas y las posturas sostenidas hasta la fecha. Nos informan, también explícitamente, de discusiones y posturas anteriores que ya se consideran rebasadas. Ofrecen datos muy abundantes para las cuestiones que tratan, muchos de ellos resultado de investigación de campo original, sobre el tema en cuestión. Y muchos autores dan una lista de cuáles son las tareas que falta investigar.

Para dar una idea al lector de la construcción y el contenido de los artículos, abundaré sobre tres de ellos, cada uno como representante de las tres líneas principales del volumen. En primer lugar, el de Campbell, que es la presentación general de la cuestión. En segundo lugar, el de Marlett, el más general sobre la posibilidad

de establecer relaciones remotas. Y, por último, el de Smith-Stark, que es la discusión más extensa sobre el problema de la subagrupación dentro de una familia.

El artículo de Campbell, “Retos en la clasificación de las lenguas indígenas de México”, nos presenta el estado del arte en cuanto a la clasificación de lenguas del país, hecha por un investigador que ha invertido buena parte de su carrera en trabajar creativa y críticamente en el tema. Nos beneficiamos de su larga experiencia personal y de primera mano. Como ya lo había dicho, plantea lo que él llama la “base segura actual” y presenta cuáles son las familias bien establecidas, tres de ellas muy grandes: la mayanese, la yutoazteca y la otomangué; una que considera mediana, la mixe-zoqueana; y algunas relativamente poco estratificadas y pequeñas, como la totonaco-tepehua y la yumana. Después, enlista las lenguas aisladas o familias muy pequeñas: el seri, el huave, el cuiclateco, el purhépecha, las lenguas tequistlatecas, las lenguas come-crudo. Como lenguas de entrada tardía en la región señala el kikapú (algonquino) y, anteriormente, variedades del apache (atabascano).

Las lenguas aisladas constituyen un desafío para su estudio histórico y por eso propone varios caminos de investigación: la reconstrucción interna, por un lado, ejemplificada con el trabajo de Suárez (1975) para el huave; la comparación sistemática entre variantes locales, tomando como parangón el trabajo de Friedrich (1971) sobre el purhépecha.

Por lo pronto, Campbell presenta la subagrupación más reconocida por subfamilias de las grandes familias del área (maya, yutoazteca, otomangué). Sin embargo señala que claramente faltan estudios en niveles más finos de subagrupación y que, en muchos ámbitos, la tarea propiamente dicha de reconstrucción sistemática se echa de menos, sobre todo, los estudios propiamente históricos más allá de la fonología.

Da una lista de *tareas urgentes*. Por supuesto, en primer lugar, la necesidad de obtener datos descriptivos confiables de las lenguas. En el ámbito de reconstrucción e investigación histórica lingüística, la reconstrucción fonológica de las familias pequeñas, como la totonaco-tepehua, la tequistlateca y la come-crudo. Las familias mayores han tenido trabajo constante en este aspecto, y aunque éste necesita de refinamientos, por lo menos tienen amplia tradición en cuanto a su reconstrucción fonológica. Cuentan, por tanto, con una base más o menos establecida.

Menciona la falta de diccionarios etimológicos: las comparaciones en el léxico son importantísimas para describir un área lingüística y para caracterizar

muchos fenómenos culturales. Habla del reto mayor hoy en día, que es la distinción entre lo heredado y lo que se ha difundido. Es muy claro que ha habido más difusión de lo que por muchas decenas de años se pensaba y que la cuestión central al encontrar similitudes entre las lenguas es la de decidir si se trata de retenciones, innovaciones o préstamos. En ese sentido, además de expertos en una familia, se necesitan mesoamericanistas, esto es, investigadores lo suficientemente expuestos al área en su conjunto como para poder detectar los rasgos debidos a difusión de área. Señala, por último, que lo que se ha hecho sobre morfosintaxis histórica es verdaderamente escaso.

Otra contribución importante de este artículo es revisar el campo para indicarnos, desde su punto de vista, cuáles son las hipótesis prometedoras de relaciones remotas (maya-mixezoque; tequistlateco-jicaque) y cuáles a su juicio han sido ya rechazadas (menciona once).

La última parte del artículo la dedica a la evaluación crítica de cuatro nuevos procedimientos en trabajo histórico. Primero, la comparación multilateral propuesta por Greenberg en 1987. Al respecto, enlista una larga serie de artículos que se han opuesto a este método y hace un ejercicio ilustrativo mostrando ciento trece juegos léxicos que comparan formas postuladas por Greenberg para el amerindio con lo que podrían ser, bajo las mismas reglas del juego, correspondencias con el japonés antiguo. Este ejercicio descarta el método de comparación múltiple por el recurso de llevarlo al absurdo. Con los juegos léxicos presentados por Campbell y siguiendo el método de Greenberg, tendríamos que concluir que el japonés está emparentado con el amerindio.

Una segunda propuesta que Campbell examina críticamente es la del equilibrio puntuado propuesto por Dixon en 1997, que trata de enfrentarse al problema de áreas lingüísticas con extensa difusión areal, como Australia. La tercera es el programa de Nichols, en el que esta autora intenta llegar más allá del método comparativo, empleando para una profundidad de más de 8 000 años comparaciones estructurales no genéticas, con el fin de fijar en mapas afinidades estructurales en las grandes áreas del mundo. Y la cuarta, el determinismo agrícola como factor determinante en la diversificación y la expansión de lenguas, de Renfrew y Bellwood, y representado para la familia yutoazteca por el trabajo de Hill (en prensa).

Estos cuatro ensayos críticos son un resumen bibliográfico útil para todos los que nos enfrentamos con la necesidad de enseñar método comparativo y de reconstrucción: tenemos a un experto que nos ofrece críticas bien fundamentadas

que hay que enfrentar en el momento de ampliar nuestra visión más allá del método histórico-comparativo, bien establecido por los neogramáticos.

El artículo de Marlett sobre la hipótesis hokana, “Las relaciones entre las lenguas ‘hokanas’ en México: ¿cuál es la evidencia?”, examina una propuesta para algunas lenguas de larga raigambre de México y los Estados Unidos de América, puesto que se remota al siglo xix, y sigue siendo muy discutida después de cien años. Se trata de la propuesta de que el tequistlateco (chontal de Oaxaca); el seri; el cochimí; las lenguas yumanas; las lenguas chumashanas (barbareño, etcétera); las lenguas salineras y otras lenguas de California como el pomo, el shasta, el karok, el washo y el atsugewi son integrantes de la familia hokana. Marlett, en su Tabla 1, diagrama en una tabla las diversas propuestas de relaciones genéticas, ya que no todas relacionan el espectro completo de las lenguas. Las propuestas examinadas van desde las más tempranas en 1856 hasta las más recientes en 1976 y 1988.

Presenta, asimismo, en el Apéndice 1, los datos más importantes (correpondencias postuladas) de Kroeber, Sapir y Waterhouse, para mostrar la clase de evidencia que se ha esgrimido. En las últimas dos columnas del mismo apéndice nos provee con datos más fidedignos, en cuanto a que son tomados de los trabajos de personas que han hecho investigación profunda en las lenguas. Los datos originales están llenos de problemas al postular como cognadas, por ejemplo, elementos que en una lengua son prefijos mientras que en otra son los últimos fonemas de la raíz o, bien, sonidos que aparecen en una lengua a principio de raíz y en la otra, a final de raíz.

Resumidos ante nuestros ojos tenemos la cuestión hokana en un cuadro y una tabla. Su contribución personal a la cuestión hokana se centra en lenguas bien documentadas: el seri, las lenguas yumanas y el cochimí. Estas últimas dos se han relacionado genéticamente, pero cuando se ha intentado relacionar al seri con las lenguas yumanas (Gatchet 1883; Powell, 1891; Sapir 1917), no ha habido éxito. Los problemas de subsecuentes intentos incluyen comparaciones de palabras sin equivalencia semántica, lo que en una lengua quiere decir “frío” en otra significa “caliente”, por ejemplo. Se comparan prefijos con raíces. En muchos casos, la correspondencia se establece porque las palabras comparten una sola letra. Se presupone metátesis en exceso y se proponen correspondencias poco plausibles fonológicamente. Esto es, se aprecian objeciones muy básicas del método comparativo con respecto a qué es una posible cognada.

En la Tabla 1, sin embargo, Marlett muestra que en efecto si uno escoge bien, hay coincidencias seductoras, especialmente las presentadas por Margaret Langdon, que Marlett presenta en su totalidad en esa tabla.

Para ahondar en la cuestión Marlett ofrece datos nuevos, inspirado en un método reciente ofrecido por Goh (1999). Marlett escogió los nombres de las partes del cuerpo, ciento veintinueve juegos, para comparar el protoyumano, el seri, el tequistalteco y, para control de difusión areal, el yaqui, una lengua yutonahua de la región. Presenta la totalidad de sus datos en el Apéndice 2. Marlett hace una apreciación ponderada de cuatro niveles posibles de relación entre palabras de las distintas lenguas. Los resultados se tabulan, presentando las distintas agrupaciones de los datos que podrían demostrar una relación remota. Marlett muestra que solamente para las lenguas yumanas y el cochimí se puede construir un árbol genético plausible. Con estos datos no se pueden demostrar relaciones genéticas con las otras lenguas, todavía.

Este artículo es importante —y típico de lo mejor del volumen— porque contiene una discusión rigurosa del método comparativo y de las cuestiones que se han ignorado en el intento de incluir al seri como lengua hokana. Presenta tanto la totalidad de la literatura, como la totalidad de los datos con que se ha trabajado. Y añade datos nuevos —también presentados exhaustivamente— para intentar establecer una relación. Describe el método empleado explícitamente, y le permite al lector —con todo esto— reformular el análisis, si así lo quisiera hacer. Por lo pronto, Marlett sugiere que no se ha validado la hipótesis de que el seri es hokano, pero todo lo necesario para una revisión se ofrece explícitamente.

Por último, como ejemplo del tercer tipo de tarea, la subagrupación de lenguas a una distancia temporal más corta, tenemos la contribución de Thomas Smith-Stark, “Algunas isoglosas zapotecas.” Ésta también es una investigación de madurez, un tema del que el autor se ha ocupado por muchísimos años, lo que hace que el título sea de una modestia suprema. Lo que Smith-Stark logra en esta contribución es una puesta al día de todo lo que se sabe sobre subagrupaciones de la familia zapoteca. Aparentemente, el artículo es la base para explicar veintidós mapas añadidos al volumen, en los que Smith-Stark plantea una serie de isoglosas, con miras a una clasificación global que tiene cinco ramas principales. Pero antes de llegar a esto, el autor, de manera verdaderamente enciclopédica, presenta todo lo que se ha dicho hasta ahora: Juan de Córdova, Orozco y Berra, Martínez Gracida, Belmar, Mechling, Radin, Angulo, Swadesh, Upson y Longacre, Fernández

de Miranda, Rendón, Suárez, el estudio de inteligibilidad interdialectal del Instituto Lingüístico de Verano, la información del *Ethnologue* en su edición 14, Benton, y Kauffman. Integra y da una reseña crítica de toda esta literatura.

La postura de Smith-Stark frente al *Ethnologue* o frente a Suárez (1990), es que bien vale intentar una clasificación jerárquica dentro de una situación de complejidad dialectal verdaderamente enorme. Esto es, se aparta del trabajo de Suárez (1990), en el que se concluía que el modelo de ondas parecía ser el más apropiado en este caso para postular cinco subagrupaciones, que se justifican si el autor escoge los rasgos lingüísticos examinados con cuidado. Y eso es lo que procede a hacer.

Para ofrecer al lector una idea de la complejidad y riqueza de esta contribución, intentaré dar una idea somera de la estructura del capítulo. Smith-Stark propone lo que él llama cinco zonas coherentes, justificadas cada una de ellas por el enlistado de las innovaciones en cada variante. Se basa en Kaufman, pero no enteramente. Y para cada innovación, marca a los autores que la han discutido, las isoglosas que la definen, registradas en los veintidós mapas que he mencionado. Así concluye que están a) el solteco y el occidente; b) el papabuco; c) el zapoteco de la sierra sur; d) el zapoteco de la sierra norte; e) el zapoteco central.

La clasificación misma es impresionante por la información que integra. Para cada nivel, y la presentación es jerárquica y llega hasta cuatro niveles de profundidad (A, a, 1, i; p. ej. "A2bii"), da información demográfica: el número de hablantes de acuerdo con el censo de 1990. Para cada variante, en cada nivel, da el porcentaje de la población de habla zapoteca. Para cada nivel calcula un índice de vitalidad, o sea, el número de hablantes de la lengua entre cinco y catorce años, en comparación con el porcentaje nacional de hablantes de español de esa edad en la república en el año del censo (29.7 por ciento), y con respecto a la densidad de población indígena del municipio, distrito, pueblo, etcétera. Justifica cada apartado a partir de las innovaciones que lo definen (con indicaciones de la bibliografía en que se discute el rasgo en particular). En las subvariantes, da cuál es su equivalente en el *Ethnologue*, edición 14, y la información del grado de inteligibilidad de esta variante en particular con respecto a otras, de acuerdo al mismo *Ethnologue*. Da la lista de pueblos donde se habla cada subagrupación (cada uno con su densidad de población indígena y su índice de vitalidad). Marca con negritas, dentro del enlistamiento de pueblos, aquellos para los que tiene datos lingüísticos de algún tipo. Y no descarta información que podría parecer anecdótica, pero que

sin embargo podría resultar reveladora en algún momento del análisis, y es la apreciación que le han dado varios hablantes —a lo largo de su larga carrera de investigación— sobre cómo perciben ellos subjetivamente las subagrupaciones. Encontramos, pues, notas como “Tanto hablantes de Santa María Coatlán y San Vicente Coatlán dicen que se entiende la variante de San Pedro Coatlán” (107). “En 1988, el maestro Domingo Canseco Hernández me informó que el zapoteco de Miahuatlán, con base en su experiencia personal como hablante de la zona, abarca (i1), (i2B) y (ii 1-3) pero no incluyó (i2a)” (106).

Si tomamos en cuenta que Smith-Stark constantemente advierte que usar un rasgo conlleva una interpretación que hay que explicitar, nos damos cuenta de la medida en la que este trabajo, en apariencia de recopilación empírica impresionante, también lo es de la construcción intelectual de qué es un dato lingüístico. El cuidado y la pulcritud del autor son ejemplares.

He presentado estos tres casos como ejemplos de las mejores cualidades de este volumen, en prácticamente todos sus capítulos: presentación exhaustiva y discusión crítica de los datos anteriores; inclusión de información nueva, recogida por medio de trabajo de campo, y pertinente para el problema en cuestión; análisis históricos respetuosos de la diversidad; retos programáticos para los lectores. Creo que además de útil por su contenido factual, este volumen será ejemplar por su cuidado metodológico y espero que inspirador para futuros investigadores.

Siendo una publicación del INALI, la distribución es gratuita y el volumen y el apéndice de mapas se consiguen a través de su sitio web: www.inali.gob.mx.

Referencias

- DIXON, R. M. W. (1997). *The rise and fall of languages*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FRIEDRICH, P. (1971). Dialect variation in Tarascan phonology. *International Journal of American Linguistics*, 37, 164-187.
- GATCHET, A. S. (1883). Der Yuma-Schparchstamm; zweiter Artikel. *Zethn*, 9, 64-73.
- GOH, G. Y. (1999). Ruling out chance, universality and borrowing: An alternative to ringe. *Ohio State University Working Papers in Linguistics*, 52, 137-149.
- GREENBERG, J. H. (1987). *Language in the Americas*. Stanford: Stanford University Press.
- HILL, J. (en prensa). Proto-Uto-Aztecan cultivation and the northern evolution: Linguistic approaches. En Colin Renfrew & Peter Bellwood (Eds.). *Examining the farming/language dispersal hypothesis*. Cambridge: McDonald Institute for Archaeological Research in Central Mexico.

- POWELL, J. W. (1891). Indian linguistic families of America, North of Mexico, *VII Annual Report of the Bureau of American Ethnology to the Secretary of the Smithsonian Institution, 1885-1886*. Washington: The Smithsonian Institution.
- SAPIR, E. (1917). The position of Yana in the Hokan stock. *University of California Publications in American Archaeology and Ethology*, 13, 1-34.
- SUÁREZ, J. A. (1990). La clasificación de las lenguas zapotecas. En B. Garza Cuarón y P. Levy (Eds.). *Homenaje a Jorge A. Suárez: Lingüística indoamericana e hispánica* (41-68). México: El Colegio de México.
- SUÁREZ, J. A. (1975). *Estudios huaves*. México: Departamento de Lingüística del Instituto Nacional de Antropología e Historia (Colección Científica Lingüística, 22).